La fiesta de Navidad fueron mis felices en mi residencia. La compartiamos con  
mis hermanos, mis padres, como en todas las familias del mundo, pero con una  
particularidad que nos diferenciaba de muchas otras: acostumbraban a dormir  
siesta después de comer y entonces los mayores se retiraban a sus  
habitaciones, dejándonos a los niños jugar entre nosotros. De esa manera,  
durante todo el tiempo que duró mi niñez, pude disfrutar como nadie de la  
compañía de mis hermanos mayores, con quienes me llevaba muy bien. Entre todos  
ellos, la que más cerca estaba de mi edad era mi hermana Elba, con quien  
dormía y me despertaba por las mañanas. Como ella era muy ordenada, pulcra y  
metódica, y a mí me costaba mucho trabajo serlo, ella me ayudaba a tender la  
cama, a ordenar mis cosas y a prepararme para ir al colegio. Era un niño  
demasiado tímido y preguntón, me interesaba todo lo que me rodeaba, sentía una  
inmensa curiosidad por las cosas, pero a la vez me costaba mucho trabajo  
relacionarme con los demás niños. Me sentía desplazado, como si no pudiera  
visualizar en los otros niños las motivaciones de sus actos. Recuerdo haber  
leído algunas obras de Salgari, Emilio Salgari, en la biblioteca de mi abuelo,  
y me